

Primera parte
El país natal: Colombia
1899-1955

1

De coroneles y causas perdidas

1899-1927

Quinientos años después de que los europeos toparan con el Nuevo Mundo, a menudo América Latina parece una decepción para sus habitantes. Es como si su destino hubiera sido determinado por Colón, «el gran capitán», que descubrió el nuevo continente por error, que equivocadamente lo llamó «las Indias» y murió lleno de amargura y desilusión a comienzos del siglo XVI; o por Simón Bolívar, que puso fin al gobierno colonial español a principios del XIX, pero murió consternado ante la desunión que reinaba en la región recién emancipada y atenazado por la sombría impresión de que «el que sirve a una revolución, ara el mar». Más recientemente, el destino de Ernesto «Che» Guevara, el icono revolucionario romántico por excelencia del siglo XX, que murió como un mártir en Bolivia en 1967, sólo confirmó la idea de que América Latina, el continente desconocido, la tierra del futuro, alberga grandiosos sueños y fracasos calamitosos.¹

Mucho antes de que el nombre de Guevara recorriera el orbe, en un pequeño pueblo de Colombia que la historia sólo iluminó fugazmente durante los años en que la United Fruit Company, con sede en Boston, decidiera plantar allí bananeras a comienzos del siglo XX, un niño escuchaba absorto mientras su abuelo contaba relatos de una guerra que duró mil días y que al acabar le había hecho sentir también la amarga soledad de los vencidos, relatos de hazañas gloriosas de antaño, de héroes y villanos espectrales; historias que le enseñaron al niño que la justicia no se entrama de manera natural en la urdimbre de la vida, que el bien no siempre vence en el reino de este mundo, y que los ideales que llenan los corazones y el espíritu de muchos hombres y mujeres pueden ser derrotados e incluso desaparecer de la faz de la tierra. A menos que perduren en la memoria de quienes viven para contarla.

A finales del siglo XIX, setenta años después de conseguir la independencia de España, la república de Colombia era un país de menos de cinco millones de habitantes controlado por una élite de tal vez tres mil propietarios de grandes haciendas, la mayoría de los cuales eran políticos y empresarios, y muchos también abogados, escritores o gramáticos. De ahí que la capital, Bogotá, fuera conocida como la «Atenas sudamericana». La guerra de los Mil Días fue la última y más devastadora de una veintena de guerras civiles nacionales y locales que habían arrasado Colombia durante el siglo XIX, libradas entre los liberales y los conservadores, los centralistas y los federalistas, la burguesía y los terratenientes, la capital y las provincias. En muchos otros países, el siglo XIX asistió a la victoria de los liberales o sus equivalentes en la histórica batalla, mientras que en Colombia los conservadores dominaron hasta 1930 y, tras un breve interludio liberal de 1930 a 1946, asumieron de nuevo el poder hasta mediados de los cincuenta y a día de hoy siguen siendo una fuerza poderosa. Ciertamente, Colombia es el único país donde a finales del siglo XX las elecciones generales se debatían aún entre un Partido Liberal y un Partido Conservador tradicionales, sin que otras fuerzas políticas lograran afianzarse de manera perdurable.² Esto ha cambiado en los últimos diez años.

Aunque la guerra se denominase «de los Mil Días», en realidad el conflicto había acabado antes casi de empezar. El gobierno conservador disponía de recursos sumamente superiores y los liberales quedaron a merced de las excentricidades de un líder carismático pero incompetente, Rafael Uribe Uribe. A pesar de eso, la guerra se prolongó durante poco menos de tres años, siendo cada vez más cruel, enconada e inútil. Desde octubre de 1900, ninguno de los dos bandos hacía prisioneros: se anunció una «guerra a muerte» cuyas sombrías consecuencias se dejan notar todavía en Colombia. Cuando todo acabó, en noviembre de 1902, el país estaba devastado y empobrecido, la provincia de Panamá estaba a punto de perderse para siempre y alrededor de cien mil colombianos habían perecido en la matanza. Durante décadas se sucederían enemistades y venganzas fruto del modo en que se había resuelto el conflicto. Esto ha hecho de Colombia un país paradójico, en el cual durante casi dos siglos los dos partidos mayoritarios han mantenido una amarga enemistad sin ocultarlo, si bien se han unido tácitamente a fin de garantizar que el pueblo nunca tuviera una verdadera representación. Ninguna nación latinoamericana ha padecido menos golpes de Estado o

dictaduras en el siglo xx que Colombia, pero sus habitantes han pagado un altísimo precio por esa apariencia de estabilidad institucional.

La guerra de los Mil Días se libró a lo ancho y largo del país, pero el centro de gravedad poco a poco se desplazó hacia el norte, a las regiones de la costa atlántica. Por un lado, la sede del gobierno, Bogotá, nunca estuvo seriamente amenazada por los rebeldes liberales; por otro, éstos se retiraron indefectiblemente hacia las rutas de fuga que con frecuencia tomaban sus dirigentes para ir en busca de refugio a países vecinos cordiales o a Estados Unidos, donde trataban de reunir fondos y comprar armas para la próxima ronda de hostilidades. En esta época, el tercio norte del país, lo que se conoce como la «Costa» —sus habitantes son apodados «costeños»—, comprendía dos departamentos de enorme importancia: Bolívar al oeste, cuya capital era el puerto de Cartagena, y Magdalena al este, cuya capital era el puerto de Santa Marta, enclavada al pie de la imponente Sierra Nevada. Las dos ciudades más importantes a ambos lados de la Sierra Nevada —Santa Marta al oeste y Riohacha al este— y todas las ciudades que hay entre ambas bordeando la sierra —Ciénaga, Aracataca, Valledupar, Villanueva, San Juan, Fonseca y Barrancas— cambiaron de manos en múltiples ocasiones durante la guerra, y fueron el escenario de las hazañas de Nicolás Márquez y sus dos hijos mayores, ambos ilegítimos, José María y Carlos Alberto Valdeblánquez.

En algún momento a principios de la década de 1890, Nicolás Márquez y Tranquilina Iguarán se habían trasladado con sus dos hijos, Juan de Dios y Margarita, a la pequeña ciudad de Barrancas, en La Guajira colombiana, y alquilaron una casa en la calle del Totumo, a pocos pasos de la plaza. La casa aún sigue en pie. El señor Márquez puso una joyería, donde forjaba y vendía sus propias piezas —collares, anillos, brazaletes, cadenas y, su especialidad, pececillos de oro— y, a lo que parece, estableció un negocio rentable que hizo de él un miembro respetado de la comunidad. Su aprendiz, y a la larga socio, era un hombre más joven llamado Eugenio Ríos, casi un hijo adoptivo, con quien había trabajado en Riohacha tras traerlo de El Carmen de Bolívar. Ríos era el hermanastro de la prima de Nicolás, Francisca Cimodosea Mejía, con la que éste se había criado en El Carmen y a la que más tarde se llevaría consigo a Aracataca. Cuando empezó la guerra de los Mil Días, tras una larga época de frustración y resentimiento liberal, a los treinta y cinco años Nicolás Márquez se estaba haciendo un poco mayor para la vida aventurera. Además, había fundado una vida acomodada, fructífera y agrada-

ble en Barrancas, y procuraba afianzar su creciente prosperidad. Aun así, se unió al ejército de Uribe Uribe y peleó en las provincias de La Guajira, El Cesar y Magdalena, y existen testimonios de que luchó con mayor tesón y más tiempo que muchos otros. Es un hecho cierto que estuvo implicado en la contienda de buen principio cuando, en calidad de comandante, formó parte de un ejército liberal que ocupó su ciudad natal de Riohacha, y todavía seguía involucrado cuando el conflicto tocó a su fin, en octubre de 1902.

A finales de agosto de 1902, el ejército liberal, recientemente reforzado, bajo el mando de Uribe Uribe, que poco antes había llevado a cabo una de sus reapariciones imprevistas, había avanzado hacia el oeste bordeando la sierra desde Riohacha hasta la aldea de Aracataca, ya conocido bastión liberal, adonde llegó el 5 de septiembre. Allí Uribe Uribe mantuvo dos días de conversaciones con los generales Clodomiro Castillo y José Rosario Durán, además de otros oficiales entre los que se contaba Nicolás Márquez. Y fue allí, en Aracataca, donde tomaron la funesta decisión de luchar una vez más, la cual llevaría a su desastrosa derrota en la batalla de Ciénaga.

Uribe avanzó hacia Ciénaga a primera hora de la mañana del 14 de octubre de 1902. Las cosas empezaron a torcerse para los liberales desde el momento en que un buque de guerra del gobierno empezó a bombardear sus posiciones desde el mar. Uribe Uribe fue derribado de su montura y varias balas que agujerearon su guerrera no alcanzaron su persona de milagro (no era la primera vez que eso le ocurría). Exclamó, igual que lo hubiera hecho el coronel Aureliano Buendía de García Márquez: «¡Cuántos uniformes de repuesto se creen estos godos que tengo!». («Godos» era como los liberales llamaban a los conservadores.) El hijo adolescente de Nicolás Márquez, Carlos Alberto, murió como un héroe; su hermano mayor, José María, cuarto oficial al mando de la «División Carazúa» del ejército conservador, sobrevivió.

Dos días después, destrozado por la muerte de Carlos Alberto, José María salió de Ciénaga y se dirigió al campamento de los liberales derrotados, donde su padre, entre otros, se recuperaba de las heridas. José María llevaba un ofrecimiento de paz de los conservadores. A medida que su mula se acercaba a las tiendas de los liberales, una avanzadilla le interceptó y hubo de cabalgar con los ojos vendados para exponer a Uribe Uribe las condiciones de los conservadores. Nunca sabremos lo que ocurrió entre el hijo ilegítimo de diecinueve años y su padre rebel-

de en aquella ocasión histórica, ensombrecida por la muerte del hijo pequeño. Uribe Uribe discutió la propuesta de los conservadores con sus oficiales. Decidieron aceptar. El joven mensajero volvió cabalgando a Ciénaga y, entrada la noche, llegó a la estación de ferrocarril, donde una multitud enloquecida lo recibió y lo llevó a hombros a dar la buena nueva. Diez días después, el 24 de octubre de 1902, los dirigentes conservadores y Uribe Uribe con sus respectivos jefes del Estado mayor se encontraron en la plantación bananera de Neerlandia, no lejos de Ciénaga, para firmar el tratado de paz. Fue poco más que una hoja de vid tratando de ocultar una amarga verdad: los liberales habían sufrido una derrota catastrófica.

A finales de 1902, Nicolás Márquez regresó a Barrancas a reunirse con su esposa Tranquilina y procuró rehacer su vida. En 1905 nació su tercera hija, Luisa Santiaga, y las cosas parecían haber recobrado la normalidad.³ Sin embargo, en 1908 Nicolás se vio envuelto en un violento episodio que cambiaría su destino y el de su familia para siempre, y que no le dejaría más remedio que marcharse de Barrancas. Todos allí conocían aún la historia cuando pasé por Barrancas ochenta y cinco años después, en 1993. Por desgracia, cada cual contaba una versión distinta. Sin embargo, nadie niega los hechos siguientes. Cerca de las cinco de la lluviosa tarde del lunes 19 de octubre de 1908, el último día de la semana de festividades de la Virgen del Pilar, mientras la procesión con su imagen avanzaba hacia la iglesia, a pocas calles de distancia, el coronel Nicolás Márquez, un político, terrateniente, orfebre y respetable hombre de familia de la localidad que por entonces contaba alrededor de cuarenta años, disparó y dio muerte a un hombre más joven llamado Medardo, sobrino de su amigo y compañero de armas, el general Francisco Romero. Algo que nadie niega tampoco es que Nicolás era un donjuán o, dicho sin ambages, un mujeriego empedernido. Para lectores de otras latitudes, esta reputación puede parecer contradictoria con la imagen de hombre de dignidad y buena posición que tenía entre sus vecinos. Sin embargo, cuando menos hay dos clases de celebridad que un hombre considera un bien muypreciado en sociedades de estas características: una es cultivar su buena reputación como tal, granjearse el respeto convencional, siempre mezclado con el temor, que debe saber cómo imponer; y la otra es su fama de donjuán, o de macho, que los demás divul-

garán de buena gana, por lo general para su complacencia. El truco está en asegurarse de que ambas reputaciones se refuercen mutuamente.

La primera versión que oí fue tan convincente como cualquiera de las que le siguieron. Filemón Estrada había nacido en el mismo año en que tuvieron lugar los acontecimientos. Ahora estaba completamente ciego y aquella historia remota se mantenía vívida en su memoria, conservaba una intensidad que otros testimonios habían perdido. Filemón contó que Nicolás, que ya tenía varios hijos ilegítimos, había seducido a Medarda Romero, la hermana de su viejo amigo el general Romero, y luego, cuando aparecieron unos pasquines, creyó que él había fanfarroneado de ello mientras se tomaba unos tragos en la plaza. Hubo muchos rumores, la mayoría chismes a costa de Medarda, pero también algunos que implicaban a Tranquilina. Medarda le anunció a su hijo: «Esta calumnia hay que lavarla con sangre, hijo mío, no hay otro modo. ¡Y si no vas a buscarlo tú, me va a tocar ponerme tus pantalones y a ti ponerte mis faldas!». Medardo, un hábil tirador que había cabalgado con Nicolás en la guerra y entonces vivía en la aldea vecina de El Papayal, desafió e insultó a su antiguo comandante en repetidas ocasiones, tantas que éste se tomó en serio las advertencias y a partir de entonces estaba al acecho del joven. Medardo fue al pueblo el día de la fiesta, endomingado con una gabardina blanca, y tomó un atajo por un callejón que ya no existe. Al descabalgar de su montura con un manojo de forraje en una mano y una vela de peregrino en la otra, Nicolás le preguntó: «¿Estás armado, Medardo?». A lo que éste contestó: «No». «Bueno, recuerda lo que te advertí», y Nicolás disparó una vez, algunos dicen que dos. Una anciana que vivía al fondo de la calleja salió y le dijo: «Así que al final lo mataste». «La bala del honor venció a la bala del poder», contestó Nicolás. «Después de eso —dijo el ciego Filemón—, el viejo Nicolás Márquez se precipitó calle abajo, saltando charcos, con el revólver en una mano y el paraguas en la otra, y buscó a Lorenzo Solano Gómez, su compadre, que lo acompañó a entregarse. Fue encarcelado, pero después, su hijo José María Valdeblánquez, que era muy listo y casi abogado, lo sacó de la cárcel. Puesto que Medardo era hijo ilegítimo, no se sabía a ciencia cierta si se apellidaba Pacheco o Romero, de modo que Valdeblánquez dijo que no estaba claro quién había sido asesinado exactamente; se trataba de un tecnicismo jurídico, ¿sabe?, y así es cómo Valdeblánquez lo sacó.»

No fue otra que Ana Ríos —hija de Eugenio, el socio de Nicolás, que muy probablemente tenía más razones para saber la verdad que la

mayoría— quien me contó que Tranquilina estuvo muy implicada en la tragedia.⁴ Recordaba que era una mujer sumamente celosa, y no sin razón, pues Nicolás la engañaba una y otra vez. Medarda era viuda, y las viudas siempre dan que hablar en los pueblos; de ella se rumoreaba que era la amante habitual de Nicolás. Tranquilina se obsesionó con esa posibilidad, tal vez porque Medarda pertenecía a una clase más acomodada y por ello suponía un peligro mayor que las demás conquistas de su esposo. Se decía que Tranquilina había consultado a las brujas, que había traído agua del río para limpiar el umbral y que había rociado zumo de limón alrededor de la casa. Luego, según se cuenta, un día salió a la calle y gritó: «¡Hay un fuego en casa de la viuda Medarda! ¡Fuego! ¡Fuego!», a lo que un muchacho a quien había pagado para que esperara en el campanario de la iglesia de San José empezó a tocar alarma, y poco después ella vio como Nicolás se escabullía de casa de Medarda a plena luz del día (se supone que mientras su amigo el general se hallaba ausente).

Cuando prestó declaración ante las autoridades, a Nicolás Márquez le preguntaron si admitía haber matado a Medardo Pacheco, y dijo: «Sí, y si vuelve a la vida, lo mato otra vez». El alcalde, conservador, decidió proteger a Nicolás. Se mandaron ayudantes a recoger el cuerpo de Medardo. Voltearon el cadáver bajo la lluvia y le ataron las manos a la espalda antes de llevárselo. La mayoría de la gente acepta que Medardo provocó la confrontación y «se buscó» lo ocurrido; puede que así fuera, aunque los propios hechos parecen demostrar que fue Nicolás quien escogió cuándo, dónde y cómo llevar a cabo el enfrentamiento final. No disponemos de información suficiente para discernir cuán justificable o censurable pudo ser su acción; es evidente, no obstante, que no hubo en ella ni el más remoto heroísmo. Nicolás no era un finquero sedentario sino un curtido veterano de guerra, y el hombre al que mató furtivamente pertenecía a un rango militar inferior y era más joven que él.

Muchos en Barrancas creyeron que fue cosa del destino. En español, un acontecimiento como ése se considera una «desgracia», y se dice que en la familia de Medardo muchos se apiadaron del coronel y su infortunio. Sin embargo, llegó a hablarse de un linchamiento y se temieron disturbios, de modo que tan pronto pudieron sacarlo con garantías, enviaron a Nicolás custodiado por guardias armados a Riohacha, su ciudad natal. Ni siquiera allí se sentía a salvo, así que lo trasladaron a otra prisión en Santa Marta, al otro lado de la Sierra Nevada.⁵ Al parecer, un pariente de Tranquilina con influencias logró que la sentencia se redujera

a un año de cárcel, con «la ciudad como prisión» durante el segundo año. Tranquilina, los niños y otros miembros de la familia lo siguieron hasta allí unos meses más tarde. Algunos comentan que logró comprar su puesta en libertad con lo que sacaba de sus artesanías; que trabajó en un improvisado taller de joyería dentro de la cárcel e hizo peces, mariposas y cálices, y que después se valió de sobornos para salir. Nadie ha hallado todavía ningún documento en relación con el caso.

La familia García Márquez nunca afrontó plenamente las consecuencias de este suceso, y se adoptó una versión aséptica de la historia, según la cual en cierto momento surgió el rumor de que Medarda, que no era ninguna chiquilla, estaba otra vez «haciéndole un favor a algún lugareño». Uno de los amigos de Nicolás comentó el chisme mientras bebían en la plaza principal, a lo que éste dijo: «¿Será verdad?». La historia que llegó a oídos de Medarda sugería que el propio Nicolás había hecho correr el rumor, y le pidió a su hijo que defendiera su honra. Años después, Luisa recordaría a menudo que ante cualquier alusión a aquel episodio poco menos que innombrable, Tranquilina decía: «Y todo por una pregunta». En esta versión, el tiroteo es un «duelo», el muerto se lleva su merecido y el asesino se convierte en «la verdadera víctima» del asesinato.⁶

En 1967, inmediatamente después del éxito de *Cien años de soledad* (donde García Márquez ofrece una versión menos idealizada del asesinato que el resto de su familia), Mario Vargas Llosa le preguntó a su autor quién había sido la persona más importante de su infancia. García Márquez contestó:

Era mi abuelo. Fíjense que era un señor que yo encuentro después en mi libro. Él, en alguna ocasión, tuvo que matar a un hombre, siendo muy joven. Él vivía en un pueblo y parece que había alguien que lo molestaba mucho y lo desafiaba, pero él no le hacía caso, hasta que llegó a ser tan difícil su situación que, sencillamente, le pegó un tiro. Parece que el pueblo estaba tan de acuerdo con lo que hizo, que uno de los hermanos del muerto durmió atravesado, esa noche, en la puerta de la casa, ante el cuarto de mi abuelo, para evitar que la familia del difunto viniera a vengarlo. Entonces mi abuelo, que ya no podía soportar la amenaza que existía contra él en ese pueblo, se fue a otra parte; es decir, no se fue a otro pueblo: se fue lejos con su familia y fundó un pueblo... Sí. Él se fue y fundó un pueblo, y lo que yo más recuerdo de mi abuelo es que siempre me decía: «Tú no sabes lo que pesa un muerto».⁷

Muchos años después, García Márquez me diría: «No sé por qué mi abuelo se enredó en ese asunto y por qué las cosas tuvieron que ser así, pero eran tiempos difíciles después de la guerra. Sigo creyendo que no le quedó más remedio que hacerlo».⁸

Puede que se trate de una mera coincidencia, pero octubre sería siempre el mes más aciago, la época de los malos augurios, en las novelas de Gabriel García Márquez.

Los movimientos de Nicolás Márquez después de su ignominiosa partida de Barrancas están rodeados de misterio.⁹ Luisa, la madre de García Márquez, daba versiones distintas dependiendo de quién fuera su interlocutor.¹⁰ A mí me contó que Tranquilina y ella viajaron en barco desde Riohacha a Santa Marta pocos meses después de que trasladaran allí a Nicolás (Luisa tenía sólo cuatro años), que lo pusieron en libertad al año siguiente y que la familia se mudó entonces a la vecina Ciénaga, donde vivieron otro año, para llegar a Aracataca en 1910. Ésta ha acabado por ser la historia oficial.

Sin embargo, la gente de Ciénaga insiste en que Nicolás y su familia pasaron allí tres años después de que saliera de prisión, de 1910 a 1913, y se trasladaron a Aracataca en 1913.¹¹ Puede que Nicolás utilizase Ciénaga como base desde la que explorar la región en busca de nuevas oportunidades; de ser así, podría haber empezado a trabar intereses políticos y comerciales en Aracataca, un pueblo en esencia liberal, antes de trasladar allí a su familia. También parece posible, no obstante, que una de las razones para permanecer en Ciénaga, fuera por un año o por tres, es que en dicha ciudad residía entonces Isabel Ruiz, a quien Nicolás había conocido en Panamá en 1885, en torno a la época en que se casó con Tranquilina, y que había dado a luz a una hija suya, María Gregoria Ruiz, en 1886.

Ciénaga, a diferencia de la colonial Santa Marta, era una moderna ciudad comercial, estridente y desenfrenada, centro además del transporte de la región. Por su ubicación a orillas del Caribe, servía de conexión con la Ciénaga Grande, que los barcos de vapor atravesaban para entrar en contacto con el tráfico por carretera tanto en dirección al río Magdalena y Bogotá, como a Barranquilla, una ciudad comercial y en rápida expansión; por añadidura, la primera línea de ferrocarril de la región unía Santa Marta y Ciénaga desde 1887, y se amplió entre 1906 y

1908, por la espina dorsal de la Zona Bananera, hasta Aracataca y Fundación.

La Zona Bananera está situada al sur de Santa Marta, entre la Ciénaga Grande y el río Magdalena por el oeste, el Caribe o el océano Atlántico por el norte, y por el este la gran ciénaga y la Sierra Nevada, cuyos picos más altos son el Colón y el Bolívar.¹² Por encima de ella se alza la Sierra Nevada, el hogar de los indios kogí, dados a la vida reclusa y pacífica. Los primeros fundadores de Aracataca eran un pueblo muy diferente: los belicosos chimilas, un grupo de indios arhuacos. La tribu y su jefe eran los llamados cataca, «agua clara». Por eso dieron su nombre al río, de modo que su pueblo se llamó Aracataca («ara» es río en chimila), «el río de las aguas diáfanas».¹³

En 1887, los hacendados de Santa Marta introdujeron el cultivo del banano en la región. En 1905 se afincó allí la United Fruit Company, con sede en Boston. Llegaron trabajadores de todo el Caribe, entre ellos «cachacos» (el despectivo nombre que los costeños dan a sus compatriotas del interior del país, en especial de Bogotá),¹⁴ y también otros llegados de Venezuela, Europa, e incluso el Medio y el Lejano Oriente: la «hojarasca», vilipendiada por los protagonistas de la primera novela de García Márquez que lleva ese mismo título. En apenas unos años, de ser un pequeño asentamiento, Aracataca se transformó en un municipio próspero, un «*Wild West boom town*», según la expresión de García Márquez. Adquirió la municipalidad en 1915, y pasó a participar plenamente del sistema político colombiano.

Quien de veras dirigía el municipio no era el coronel Márquez, como su nieto aseguraría con frecuencia, sino el general José Rosario Durán.¹⁵ Durán era propietario de varias grandes plantaciones en los alrededores de Aracataca; había liderado las fuerzas liberales en las guerras regionales durante dos décadas y fue el verdadero referente de los liberales de Aracataca durante casi medio siglo. Nicolás Márquez había sido uno de sus subordinados militares más próximos, y quizá el aliado político en quien más confió entre 1910 y 1913. Así pues, fue Durán el que ayudó a Márquez a instalarse en la ciudad, a adquirir tierras en Ariguaní y otras propiedades en Aracataca, y a conseguir el puesto de recolector de impuestos del departamento y, posteriormente, el de tesorero municipal.¹⁶ Estas responsabilidades, sumadas a su reputación militar, hicieron del coronel Márquez uno de los miembros sin duda más respetados y poderosos de la comunidad, por más que siempre estuviera a merced de